

—Vive, que no es igual, Melibea hermosa.

—¿Y usted el loco de Calixto?

—Por mi ventura. ¿No se lo ha hecho comprender así doña Mencía, mentándome tanto en sus cartas primero y luego aquí de palabra...?

—¿Y usted me... vamos me...?

—Sí, sí, la quiero intensamente desde que ví su retrato en circunstancias extraordinarias, Clara soñada.

—¡No, no! Usted me ha creído capaz de hacer de Melibea, de olvidar la casa y honra de mis mayores por un loco, luengo como cigüeña, figura de paramento mal pintada. ¿Me ha creído masa de reciprocidad con usted, administradorcillo de tres al cuarto, en un olvido inconcebible de quien soy y con un cinismo espantoso me lo propone a la primera ocasión?... ¡Salga, salga de aquí enseguida porque enloqueceré de indignación y vergüenza!

César está muy pálido. Aquella furibunda y nugatoria cólera le atenaza el corazón. Intenta hablar, pero Clara, con los ojos encendidos y el rostro teñido de erusbecencia, grita casi:

—¡Salga, he dicho. Con la vida si fuera yo hombre me pagaría este ultraje ominoso, abominable! ¡¡Salga!!

Obscurente, con atrición profunda, viéndose sumergido en el infierno de un amor que su ingenuidad le pinta imposible, César se aleja hundida la cabeza en el pecho.

La vida, la vida. El le diría: ¡Tómala a cambio de un beso!

### III

A César lo hallaron muerto, a la mañana, en el jardín, sobre el mosaico de guijas blancas, negras y coloradas, cabe un banco de mármol amarillento, cerca de unas alheñas y arrayanes sabiamente recortados.

Una expresión de dicha extrahumana quedó la muerte esculpida en el rostro varonil.

No hay crimen, ni misterio. César fué muerto de amor.

Ahora bien, allá en sus habitaciones, Clara pasea silenciosa, fantasmal, con gesto de obtusa incomprensión en su hermosísima cara.

Y otra vez, como hará ciento, vuelve a la mesita de cedro y dirigiéndose sus ojos extraviados a un libro y a una copa de cristal, de tenuidad casi incorpórea, pregunta:

—¿Fuí yo, Señor, fuí yo?

Y bebe otro sorbo de la poquita de agua que trémula queda en el etéreo vaso que exornara de imprevistas alimañas la tenacilla de Beroviero.

Bebe, pero el agua perdió la virtud letal porque ya hizo novela.

La linfa pura, límpida, no mata más que haciendo novela, como ocurrió en el jardín la noche anterior, noche blanca y augusta en que se sintió estrujada bárbaramente por las dos palancas de la vida: el placer y el dolor.

## Luis Chamizo, poeta

### RECUERDOS

Ha muerto Luis Chamizo, recientemente, en Madrid. Su muerte ha caído casi en el silencio, para la voráGINE literaria, que bulle sin vivir, entre los muros de la ilustre villa. Han pasado sus restos, camino hacia la Eternidad, envueltos en una magnífica amplitud de silencio. Sin querer, sin pretenderlo siquiera, se le ha rendido el máximo homenaje. A los poetas de su fibra, de su hondura, de su humanidad, el mejor tributo es el Silencio.

Su alma, que tanto amó la Naturaleza y su paleta y estro líricos, que tan bien supieron captarla, con qué íntimo regocijo, cruzaría las calles de Madrid, por donde su féretro modesto ponía íntima nota de respeto—solamente respeto en esta ocasión por desconocido—, como si cruzase por la amplia y dilatada campiña extremeña, adusta en su feracidad de montes y de encinas, quebrada su grandeza y soledad solamente, por el rumor de una fuente escondida entre adelfas y espinosos jarales, de tierna blancura y de meloso aroma, desprendido del corazón de sus flores. ¡Cómo se regocijaría su alma, porque a su lado faltó la pompa y la hojarasca oficial—relumbrón y vanidades efímeras—, pero los pocos, que le acompañaban, eran el oro purísimo de la verdad, a la que humedecían las lágrimas sinceras del sentimiento y de la amistad! No lo lamentamos, porque su entierro y las circunstancias, que han concurrido en él, tienen un alto y simbólico valor.

Conocí a Luis Chamizo, en el extremeño y simpático pueblo de Los Santos, a raíz de su primera publicación, «El Miajón de los Castúos». Me dediqué un ejemplar del libro; aunque el libro esté en mi biblioteca, su dedicación cariñosa, va dentro de mí. Siempre va conmigo. Sabiéndome, un extremeño de corazón, lo hizo constar, en las breves líneas.

Al ferviente paladín de Extremadura, altamente enamorado de ella, le escocían el desvío y el aislamiento de que estuvo siempre rodeada, cuando no de una hostilidad incomprensible en el barajar, situar y encajar de las valoraciones en todos los aspectos, de los demás cuerpos regionales para con nosotros. Consciente y dolido en su fibra más íntima, escribió en una página del libro: «A mi querido amigo—Antonio López Martínez—por su amor a esta Extremadura, tan rica como desgraciada, con un abrazo efusivo—Luis Chamizo».

Varias veces después nos reunió el azar en el paso del tiempo. En Sevilla, en la época más feliz del poeta, coincidimos. Iba a casarse entonces, con la dama que es hoy ya su viuda, y yo compartía con él las tardes haciendo compras para la elegida, en bazares, joyerías, casas de antigüedades, de la bella ciudad. Después paseábamos los dos en coche—ese coche milord típicamente sevillano, algunas veces acompañados de Pepe Navarro Torres, primo de los toreros sevillanos «Bombitas»—pasando, bajo las frondas del romántico jardín de las Delicias, siguiendo hasta la Palmera, bellísima avenida, en linde con el campo bético. Por las noches después de cenar juntos íbamos al Kursaal, hoy ya desaparecido, a tomar el café y solzarnos con un prolongado programa de variedades. Desde entonces poseo un original suyo inédito. Una de las atracciones de aquel Café Concierto, era una muchacha que entonces empezaba, y que apuntaba cierta y esperanzadora promesa,

Trini Ramos. Alta, delgada, morena, cimbreante, tenía en sí compendiadas todas las gracias de la mujer meridional. Cutis de oliva, ojos pasionales, boca perfecta, garbo macareno, manos afiladas, pies admirables. Bailaba y cantaba con propia personalidad y originalidad admirables canciones y bailes típicamente andaluces. El poeta presintió su valía. La fibra recia de la muchacha casi adolescente, se le había revelado. Sobre el mármol de la mesa escribió unas cuartillas, rendido y encendido tributo al garbo macareno de la artista incipiente, que era a la vez verso y canción.

«¡Sangre gitana!» tituló las estrofas del pequeño poema en que el poeta extremeño rendía su admiración a una bailarina sevillana, y que yo hoy poseo. El tiempo le dió la razón. Años adelante, Trini Ramos triunfaba en París, Londres, especialmente en Nueva York, y cuando volvió a su Sevilla nativa, volvía de la gris ciudad de los rascacielos, cargada de dólares y constelada de diamantes. La sevillanita garbosa de los pies pequeños y del cuerpo eurítmico, había avasallado y rendido al público de la ciclópea isla de Mahanattan.

No coincidí con el poeta cuando invitado por el Ateneo de Sevilla, dió un recital de sus poesías en el Salón de Actos de esta entidad cultural, donde tomó parte con él Antonio Meca. Aquella noche llegué yo a Sevilla a horas en que el recital había ya terminado.

Pero años más tarde, próxima ya la apertura del magno certamen Ibero-Americano estuve, y con él compartí, su máximo triunfo como dramaturgo y como poeta.

Por el año 1928, en los inicios de la primavera, se estrenó su intenso poema dramático de ambiente extremeño y rural, «Las Brujas», en el teatro Cervantes, de Sevilla.

Con él compartimos la tarea esperanzadora de proyectos y ensayos, los extremeños allí residentes y los literatos jóvenes de la entonces revista sevillana «Mediodía», en la que tantos valores hoy positivos afloraron sus primeros brotes. Alrededor suyo, vislumbrando el triunfo y prestándole ayuda cordial, varios extremeños: el malogrado por joven y de efectivo valor, Antonio Núñez Cabezas de Herrera, el escultor Pedro Navia y yo. Sevillanos: el poeta, ya también muerto prematuramente, Alejandro Collantes de Terán; el actual conservador de los Reales Alcázares y fino escritor sevillano, Joaquín Moreno Muruve; el pintor Juan-Miguel, el poeta Adolfo Carretero, los Martínez de León, Eduardo Lloset Marañón y muchos más.

El poema se estrenó y tuvo amplias resonancias, clamoroso éxito. Aquel ambiente de campo extremeño, por donde discurre el valor ancestral de la raza, encarnado en hombres y mujeres de corteza áspera, pero de entraña tierna.

Hombres y mujeres, que presentan su alma desnuda al viento de las pasiones, que luchan en un desenfadado ambiente, fuerte, vital, rural y campesino, donde entre las aristas y asperezas externas viven ocultos delicados y sutiles matices del espíritu, que van destrenzando en versos magníficos, limpios y sonoros. Un drama humilde, que en su propia limitación y ambiente simple tiene su encanto lírico, pero que por la hondura de los encontrados afectos que en él se mueven, y que abaten y se elevan como dardos agudos de amor y de odio, por una parte de conmiseración y de ternura por otra, alrededor de Andrea la protagonista, a la que acecha despiadada la Fatalidad, encarnada en «las brujas», que la rondan, la rondan sin remedio,

hasta llevarla a la muerte. Por la senda tortuosa del crimen en este caso para salvar su honra, sin reparar los medios. Medios inícuos puestos en vigor para alcanzar el fin, siguiendo las teorías de «El Príncipe» de Maquiavelo, salvadas las distancias de ambiente, acción y círculo, yendo impulsada esta por un hado fatal hacia su trágico destino, en el que el Amor y el Sacrificio—simbolizados en la recia figura de Frasco Cortés—cierran sin presentirlo la clave del drama, intenso, vigoroso, con clamor y estupor, con livideces y hálitos de tragedia griega...

Pepita Meliá y Benito Cibrián, que lo encarnaron, hicieron un alarde de comprensión y de superación de su yo artístico, que causó asombro desmedido. Pepita, hasta entonces actriz de *vodeville* y alta comedia, se reveló como una actriz de primerísima fibra dramática.

Toda la prensa vertió elogios no por muchos y desmedidos bastantes, para drama tan hondo, conmovedor y humano. Yo escribí un artículo sobre el estreno para «Correo Extremeño», que no conservo. Puse en él toda la emoción que en mi pluma causaron las estrofas magistrales, como si mi impresión fuera un reflejo vago de su propia belleza. Días después se le ofreció un banquete homenaje a Chamizo en el hotel Cristina, de Sevilla, donde de la bética ciudad, a más de las autoridades que lo presidieron, asistió el pleno de la intelectualidad en todos los órdenes. Nota conmovedora del banquete, fué que al final, después de escuchados los brindis, que como flores frescas se ofrecían nutridos al poeta, se le pidió que recitase algo de su próximo libro, entonces en gestación, el «Poema de Extremadura», hoy ya publicado. Con escalofrío y emoción y escasez de lágrimas en los ojos, y en el alma, aun recuerdo el ademán, la actitud y el verbo del poeta. Recitó agigantado, sublimándose, dos motivos del libro terminados: «Pelea de gallos en Medellín» y «La Hilandera»; dos motivos profundos, patéticos, humanos, que al seguirlos vivificados por sus labios, a través de su temple creador ponían un nido de emoción y de sollozos, que silencioso se estrangulaba en las gargantas. Solo Benito Cibrián, alma de gran actor, sin poder contener su emoción, la vertía en lágrimas, que a raudales silenciosos corrían por sus mejillas... Es la mejor de las veces que oí recitar a Luis Chamizo. Se superó llegando a lo genial.

Poco después se estrenaba el drama rural de los campos de Extremadura, en Madrid, con el mismo creciente éxito. La prensa vertió elogios sin tasa. Se admiró de un verso limpio, fuerte y robusto a que no estaba acostumbrada. Se le dió otro banquete que ofreció el abogado extremeño Luis Chorot, y cuya presidencia y brindis de honor hizo nada menos que el gran dramaturgo español don Jacinto Benavente.

En plena Exposición Ibero-Americana, cuando los extremeños celebramos con tanto rumbo como gusto nuestra semana de turno, una de las tardes a compartir brevemente nuestra alegría, en el pabellón de Extremadura, se presentó el poeta. Tenía entonces una de sus hijas operándose en la clínica de don Antonio Cortés. Nos saludó a todos: Segura, Covarsí, Angel Rubio, Navia, a todos. A mí me abrazó efusivamente, según me dijo, para pagarme las sentidas líneas—las más sentidas según él—que habían glosado su poema.

Después ya no volví a ver a Luis Chamizo hasta nuestra pasada guerra, en un pueblo del Sur de Extremadura, donde le escuché el para mí su último recital. Quedé un poco acongojado después de escucharlo. A través de su

dicción, de su brío, de su voz, de su ademán, yo le adivinaba como velado por íntima tortura, y por tanto, muy debilitado, el estro, el númen interpretativo del poeta. Su cualidad y calidad creadoras eran tal vez más depuradas, más profundas, más amplias; como intérprete de sus propios poemas, quizá por íntimas asperezas de su propia vida, había perdido quilates emotivos de su íntima y artística virtualidad. Este sentimiento hondo, que arranca acentos sublimes al clave sonoro del corazón, quizá lo necesitaba como estimulante generoso para lubricar las tristes asperezas de la Vida y no restar a su númen creador el fuego que alimenta la hoguera en que el alma se quema sin arder para alimentar y conseguir nupcias con la Belleza.

Luis Chamizo ha muerto. El Silencio y la corona de frío que le han tejido con su indiferencia las aves de oropel del círculo bullicioso de la gran urbe que vende actualidades y concede o regatea méritos por interesada codicia, no me extrañan nada, y para mí, vuelvo a repetirlo, tiene alto y expresivo valor de símbolo.

No es la hondura, honradez, cordialidad, candor y humanidad, que como un vaho cálido de la madre Tierra, se escapa de los poemas de Chamizo, hechos de amor, ternura, sangre y carne palpitante de dolor, precisamente, las que necesitan camelias académicas de porcelana y crisantemos de oro, como un homenaje último, si bien altamente decorativo, frío y protocolario, pero sin amoroso valor.

Chamizo por alto designio de Dios, que es siempre sabio, ha llevado lo que necesitaba para lograr su complemento, tanto en su vida como en su tránsito... ¡Silencio!

Silencio expresivo, como cuando el viento duerme acunado en anchurosos campos. Silencio, que a medida que el tiempo avance se irá llenando de ecos profundos de inmortalidad, que poco a poco le irán labrando una corona nutrida de laureles gloriosos, eternamente verdes. Silencio lleno e inextinguible, que a medida, que pasen los días se irá haciendo sonoro y consistente. Al revés, que como cuando se hace un ruido sin motivo, éste por grande que sea, parece y se agota en la nada, porque nada lo llena; éste de ahora, que ha envuelto el cuerpo yerto del gran poeta extremeño, se llenará andando los años de un vivo y fuerte aroma de recio tipo hispánico, como le pasa al vino puro de solera y estirpe, que acrecienta la esencia propia del espíritu, que lo alimenta con el paso del tiempo, que lo aquilata y valora.

El alma del poeta, tan nítida se regocijará. Su corona de alabanzas es perfecta. El tiempo de vez en vez la hará reverdecer, como a una añosa encina de nuestro agro. Los rabeles y caramillos, de su Serena tan amada, ya han sollozado su endecha.

Los recentales blancos, han temblado de dolor. Las mozas nuevas, morenas, bronceadas de sol, lágrimas han vertido de sus ojos hermosos. Un ruiseñor quedó un minuto mudo en la espesura. Una alondra, en la barbechera parda, lanzó una queja por él, en la primera luz de la mañana...

Cáceres-Enero-1946.

ANTONIO LOPEZ MARTINEZ.

## En la muerte del poeta Luis Chamizo

*Ha muerto Chamizo el poeta,  
no volvemos su voz a escuchar...  
Se hará polvo su carne en la tumba,  
su nombre, ¡jamás!*

*En el alma viril de su raza  
puso el labio, el oído, el amor,  
y captó sus raudales eternos  
con el corazón.*

*Una vena cruzaba su mente,  
la sintió como un gozo de luz,  
y la abrió con la voz de su pluma  
sedienta de azul.*

*Y un arpegio rodó bor el aire  
con robusto penacho inmortal  
los castiños extremeños le oyeron  
vibrantes de afán.*

*Era el bravo licor de su espíritu,  
era el pardo paisaje hecho miel,  
era un trueno de llamas de encina,  
y un llanto de sed...*

*Era toda la gama extremeña  
dolorida de sueños de amor  
y olvidada en el pecho de España,  
sonando su voz.*

*Y sonó y resonó vigorosa  
en los ámbitos patrios, y audaz  
persiguiendo las rutas gigantes  
saltó sobre el mar.*

*Asombrada la América hispana  
tan robusto lenguaje al oír  
exclamó: «Resucitan «aquellos»,  
su verbo está aquí...»*

*Y corrió por sus venas un largo  
regocijo de anhelo y fervor,  
y las viejas, gloriosas espadas  
sintieron el sol.*

*Zumo noble de tierra caliente  
apretada a su pecho con fe,  
sangre berida en escape bravío  
que besa al correr,*

*Levantado crestón arrogante  
oloroso a tomillo y jazmín,  
fué su verso, y entraña sonora  
de un pueblo viril!*

*Ha doblado Chamizo la frente,  
no volvemos su voz a escuchar...  
Se hará polvo su carne en la tumba,  
su nombre, ¡jamás!*

MANUEL DELGADO FERNANDEZ.